

# LIBROS

## Una Feria de signo catalán

El domingo, a la hora del cierre definitivo, muchos de los pequeños participantes de la Feria del Libro pidieron a los organizadores el retraso de la clausura, su aplazamiento por unos días «para cubrir gastos». La dirección de la Feria no aceptó la propuesta, y una voz se despidió por los altavoces, en tono un tanto funerario, hasta el año próximo. El partido televisado y la lluvia habían contribuido a dar al festejo el epílogo justo, triste y desangelado.

Los feriantes se quejaban a gritos: «Se ha vendido poco». Tan poco, por lo visto, que las cifras totales —las reales, no las que cada uno facilita a la competencia— no alcanzaron el cincuenta por ciento de otros años. Hay una crisis de lectura, una atonía grave, una desgana ante el libro tan notoria que invitan al interesado, escritor, productor, a reflexionar sobre sus causas. El libro de ensayo, tan solicitado en el último lustro, no se ha movido de su sitio en el escaparate de los «stands», por mucha que fuera la agresividad de su título. Se han vendido las novelas con premio o muy avaladas por su firma. Hubo escritor, dispuesto a rubricar su obra durante todo un día, que se volvió a su casa sin usar el bolígrafo. Otros, más favorecidos, pero nada satisfechos, duplicaban para los amigos los datos de su éxito.

La realidad de la crisis se transparentó en la Feria. Algún especialista en materia de librería —Patón, delegado de Barral en Madrid, por ejemplo— aseguraba que incluso podía fecharla y razonarla desde circunstancias exteriores muy concretas. La avidez de hace pocos años se ha trocado en indiferencia. ¿Cómo salir de esta postración?

**EL «SHOW» BARNARD.**—Sonrisa de «play-boy» y autógrafo veloz de actor cinematográfico, Barnard firmó su libro en el «stand» de Plaza & Janés el último vier-

nes de la Feria. Durante dos horas quedó interrumpido el tráfico habitual ante las casetas. Un variomundo de jovencitas, simples curiosos, desocupados del Retiro y coleccionistas de firmas populares, mantuvo en tensión a la pareja policíaca designada para guardar el orden en torno al médico sudafricano. Los bancos cercanos sirvieron de palco a los que se contentaron con homenajear visualmente a esta primera figura de primera página; otros, atentos al mito, pero desinteresados de su libro, obtuvieron su autógrafo sobre envoltorios y hasta billetes de Banco. El «show» Barnard constituyó un fenómeno extraliterario y extracientífico, que marcó con su contraste la desatención hacia el obje-

bató Castilla del Pino, firmando en muy poco tiempo más de trescientos ejemplares de «La incomunicación». Miguel García —Visor y cinco editoriales de Barcelona (Lumen, Anagrama, etcétera)— puede objetar, sin embargo, que sin ningún reclamo superó esas cifras con «Punto de fuga» y «Adiós a los padres», de Peter Weiss, y con el minoritario Nobel Samuel Beckett. Los hermanos Cela, Camilo y Jorge, probaron otra vez su popularidad. Ana María Moix —Julia— y Vicente Molina Foix, firmantes de Barral, junto con Sánchez Espejo, no se quejaban, como otros, a la hora de la despedida. Tampoco Carmen Martín Gaité, alojada en la caseta de Moneda y Crédito,

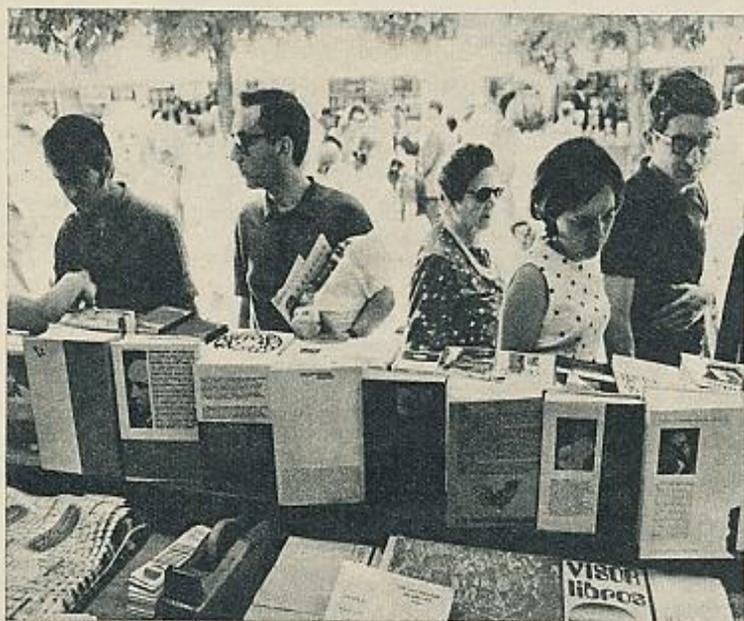
ella como director de Kairós, presentó con este libro todos los de la colección «069», entre los que figuran «El sadismo...», de Terenci Moix, y el «Manifiesto subnormal», de nuestro compañero Vázquez Montalbán. Frontín habló de sus autores como de «cazadores de mitos», sirviéndose metafóricamente del «snark» de Carroll. Los «cazamientos» de Kairós han salido a denunciar desde los pequeños condicionamientos de la infancia —y, aunque pequeños, decisivos— hasta el juego de frustraciones en que está envuelta la mujer en nuestra sociedad, pasando por la asepsia injusta y vana de los intelectuales que se aquejan de nuestro mundo subnormal. En el caso de Nuria

langa habló del título —entre abisinio, hollywoodense y catequístico—, del autor —que me suena a catalán por lo de Trias y a ocultón por lo de Cargenio— y lo emplazó para que se presentara ante la comisión educativa de las Cortes «en forma de hidropéndulo». Sugirió Berlanga la posibilidad de que «este fragmentario ideológico manipule la vida de los santos con esperanza de editarla en fascículos semanales...». Un público muy numeroso —Escuela de Madrid y Escuela de Barcelona— rió el ingenio de Berlanga y celebró el de los hermanos autores en medio de un universo surrealista de globos y whisky.

**DE EISENSTEIN A BARRAL.**—Bajo el patrocinio de Esther Tusquets (Ed. Lumen) se desarrollaron dos actos del libro de Eisenstein, «Remero tuvo por protagonista a Román Gubern, quien presentó el libro de Eisenstein «Reflexiones de un cineasta», primero de una serie cinematográfica que Esther incluirá en la colección «Palabra en el tiempo». Ante un público muy especializado —Drove y Eceiza, Querejeta y Regueiro, etcétera— se proyectó una antología del gran realizador ruso —«El acorazado Potemkin», «Octubre», «Tempestad sobre Méjico»—.

Por fin, el viernes, también por iniciativa de Esther Tusquets, y ante una audiencia nutridísima de escritores y poetas jóvenes, la más genuina representación de la Escuela de Barcelona entró en la escena de Madrid: José María Castellet avaló con una breve apología la obra, en común de Carlos Barral y el fotógrafo Malet, «Informe personal sobre el alba». Y Carlos Barral explicó el sentido de su informe poético como respuesta al sentimiento de temor ante la responsabilidad, inspirado en la llegada del día, y leyó cuatro poemas del libro. «Palabra e imagen», título de la colección, recibió con la intervención Barral-Castellet su justificación.

Semana catalana, pues, en la Feria del Libro de Madrid. La Escuela de Barcelona —editores y autores— manifestó su alto grado de dinamismo y su gran capacidad de iniciativa. Y trajo consigo un buen revulsivo para conmocionar un poco este mercado insulso, sin vitalidad, desenvuelto en medio de la indiferencia y la mediocridad. ■ EDUARDO G. RICO.



Clausura con lluvia y pocas ventas

to propio de aquel mercado. Barnard ganó, en audiencia, la partida a Cándido, el mesonero; a Natalia Figueroa y a algún que otro marqués, huéspedes de distintas casetas.

**UN LIBRO POR MINUTO.**—Para algunos escritores, pocos, la Feria no fue una inútil espera del lector. García Pavón, anunciado desde un «poster» por un Plinio pintoresco, firmó el primero de sus días —que fueron muchos— más de un ejemplar por minuto de «Las hermanas coloradas». Creo, de todos modos, que el record lo

Pompeia, su dominio del dibujo refuerza la denuncia.

**LOS CARGENIOS Y BERLANGA.**—Beatriz de Moura (Tusquets Editor) trajo consigo de Barcelona a Carlos y Eugenio Trias (Cargenio Trias), autores, con este nombre, de «Santa Ava de Addis Abeba». Eugenio, filósofo fuertemente original dentro de la corriente estructuralista más radical, ha colaborado con su hermano en la puesta a punto de esta obra, que, seguramente por estar muy ligada al mundo imaginativo, irónico, negro a veces, de Luis Berlanga, tuvo a éste por presentador. Ber-

la Feria fue el inicialmente señalado: de atonía general. Consuélese los que se marcharon sin estrenar autógrafo.

**COLOR CATALAN.**—La semana cultural que se desarrolló paralelamente a la Feria tuvo un neto color catalán. La sala de Cultart constituyó el escenario de todos los actos. Abrió el programa Nuria Paniker —Nuria Pompeia, nuestros lectores la conocen—, quien traía su libro bajo el brazo: «Y fueron felices comiendo perdices». Jiménez Frontín, que vino con